



LECTIO DIVINA

Domingo de Resurrección y Octava de Pascua
Del 21 al 27 de abril de 2019



Resucitarán

DOMINGO, 21 DE ABRIL DE 2019
DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR
Vio y creyó

Oración introductoria

Señor, gracias por este momento de calma e intimidad contigo. Ábreme los ojos, para que pueda verte resucitado. Abre mi mente para conocerte. Abre mi corazón, para dejarme amar por Ti. María, que creíste y confiaste en que Jesús podía vencer la muerte, acompáñame en este momento de oración.

Petición

Señor, acrecienta mi fe en tu poder y misericordia.

Lectura del libro

de los Hechos de los Apóstoles (Hch.10,34a.37-43)

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Salmo (Sal 117,1-2.16ab-17.22-23)

Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses (Col.3,1-4)

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él.

Secuencia

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

«¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?»
«A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua.»

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 20,1-9)

EL primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

Homilía atribuida a San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquia, obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
(trad. SC 187, p. 321 rev. Brésard)*

“Día de la Resurrección, día de nuestra alegría”

“¡Éste es el día que hizo el Señor, exultemos y gocémonos en él!” (Sal117, 24) ¿Por qué? Porque el sol ya no está obscurecido, sino más bien todo se ilumina; el velo del Templo ya no está rasgado, sino que la Iglesia ha sido revelada; ya no tenemos en nuestras manos ramos de palmeras, sino que rodeamos a los nuevos bautizados. “Éste es el día que hizo el Señor”... Éste día en el sentido propio, el día triunfal, el día consagrado para festejar la resurrección, día en el que nos vestimos de gracia, día en el que compartimos el Cordero Espiritual, día en el que damos de beber leche a los que acaban de nacer, día en el que se realiza el plan de la Providencia a favor de los pobres.

“Pasemos este día con gozo y con alegría”... En éste día en el que Adán ha sido liberado, en el que Eva fue liberada de su pena, en el que la salvaje muerte se estremeció, en el que el poder de las piedras se rompió, en el que los cerrojos de las tumbas fueron arrancados..., en el que las inmutables leyes de las potencias del infierno fueron revocadas, en el que los cielos se abrieron cuando Cristo, nuestro Maestro, resucitó. Este es el día en el que, para el bien de los hombres, la plata verde y fértil de la resurrección multiplicó sus vástagos en todo el universo como en un jardín, en el que los lirios de los nuevos bautizados han florecido..., en el que las multitudes de los creyentes se regocijan, en el que las coronas de los mártires se reverdecen. “Éste es el día que hizo el Señor; pasémoslo con gozo y con alegría.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Nos pasa también a nosotros cuando nos dan una buena noticia. Antes de acogerla en el corazón decimos: “¿Pero es verdad? ¿Pero cómo lo sabes? ¿Dónde lo has escuchado?”. Lo hacemos para estar seguros, porque si esto es verdad, es una alegría grande. Esto nos sucede a nosotros en lo pequeño, ¡imagínate a los discípulos! Era tanta la alegría que era mejor decir: “No, yo no lo creo”. ¡Pero estaba allí! Sí, pero no podían. No podían aceptar; no podían dejar pasar en el corazón esa verdad que veían. Y al final, obviamente, creyeron.

Y esta es la “renovada juventud” que nos dona el Señor. Nosotros estamos acostumbrados a envejecer con el pecado... El pecado envejece el corazón, siempre. Te hace un corazón duro, viejo, cansado. El pecado cansa el corazón y perdemos un poco la fe en Cristo Resucitado: “No, no creo... Sería mucha alegría esto... Sí, sí, está vivo, pero está en el Cielo por sus cosas...”. Pero ¡tus cosas soy yo! ¡Cada uno de nosotros! Pero esta unión no somos capaces de hacerla.» *(Homilía de S.S. Francisco, 15 de abril de 2018).*

Meditación

¿Cómo sabemos que lo que Cristo dijo es verdad? ¿Es Él el Hijo de Dios, o sólo un gran hombre? La gran prueba de que Jesús es Dios y dice la verdad es su resurrección. *Si Cristo no resucitó, la fe de ustedes es inútil y sus pecados no han sido perdonados. En consecuencia, los que murieron con la fe en Cristo han perecido para siempre. Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solamente para esta vida, seríamos los hombres más dignos de lástima. Pero no, Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos. (1 Cor 15,17-20)*

Cristo resucitó. Por eso le podemos creer. Si Jesús se hubiera quedado en la tumba, lo que enseñó con su vida y palabras sería algo muy bello, pero no habría garantía de que es verdad, de que si lo seguimos llegaremos a la verdadera felicidad. Pero resucitó. Resucitó, y por eso sabemos que lo que Cristo enseñó y dijo es verdad. Que en verdad son *felices los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Felices los que lloran,*

porque recibirán consuelo. Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Felices los de corazón limpio, porque verán a Dios... (Cf. Mt 5, 1-12)

Porque Jesús resucitó, sabemos que podemos confiar en la Iglesia- a pesar de la debilidad de los que la formamos-, porque Él la guía y la sostiene. ¿Crees que todo lo que Cristo dijo y enseñó es verdad? ¿Qué significa esa fe hoy para ti y para tu familia? *Señor, creo, ayúdame porque tengo poca fe (Mc 9, 24).*

Oración final

¡Amor, Amor, Amor!

*Quiero sentir, vivir y expresar todo este Amor
que es empeño gozoso en el mundo
y contacto feliz con los otros.*

Sólo tú me libras, sólo tú me sueltas.

Y los hielos descienden para regar

el valle más verde de la creación. Marco Guzzi

LUNES, 22 DE ABRIL DE 2019
OCTAVA DE PASCUA

¡No está aquí...ha resucitado!

Oración introductoria

Señor, permíteme entrar en el gozo verdadero de tu resurrección para poder encontrarme contigo en este rato de contemplación.

Petición

Señor, que la gran noticia de tu Resurrección llene siempre mi corazón de alegría.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 2,14.22-33)

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros sabéis, a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y provisto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: “Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile. Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará esperanzada. Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción. Me has enseñado senderos de vida, me saciarás de gozo con tu rostro”. Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo he derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo (Sal 15,1b-2a y 5.7-8 9-10.11)

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 28,8-15)

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto,

Jesús salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán». Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles: «Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernados, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros». Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Releemos el evangelio

San Nersès Snorhali (1102-1173)

patriarca armenio

Jesús, Hijo único del Padre, § 765-770; SC 203

«Jesús salió a su encuentro»

Tú que has estado llorando hasta el amanecer por las mujeres portadoras de aromas, concédele también a mi corazón derramar abundantes lágrimas a causa de tu ardiente amor. Y gracias a la buena noticia del ángel que clamaba desde lo alto de la peña (*Mt 28,2*), déjame oír el sonido de la trompeta final que anuncia la resurrección. De la tumba nueva y virgen resucitas con tu cuerpo nacido de la Virgen; te hiciste para nosotros primicia y primogénito de entre los muertos. Y yo al que el Enemigo ató con dolor del pecado corporal, dignate librame de nuevo, como lo hiciste por las almas en prisión de los muertos (*1P 3,19*). Te manifestaste en el jardín a a María Magdalena, pero no le permitiste acercarse al que todavía era de la raza caída. Manifiéstame el octavo día en la grande y última alborada; y en aquel momento, por favor, permítele a mi alma indigna acercársete.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y si ayer, con las mujeres contemplábamos “al que traspasaron”; hoy con ellas somos invitados a contemplar la tumba vacía y a escuchar las palabras del ángel: “no tengan miedo... ha resucitado”. Palabras que quieren tocar nuestras convicciones y certezas más hondas, nuestras formas de juzgar y enfrentar los acontecimientos que vivimos a diario; especialmente nuestra manera de relacionarnos con los demás. La tumba vacía quiere desafiar, movilizar, cuestionar, pero especialmente quiere animarnos a creer y a confiar que Dios “acontece” en cualquier situación, en cualquier persona, y que su luz puede llegar a los rincones menos esperados y más cerrados de la existencia. Resucitó de la muerte, resucitó del lugar del que nadie esperaba nada y nos espera -al igual que a las mujeres- para hacernos tomar parte de su obra salvadora.

Este es el fundamento y la fuerza que tenemos los cristianos para poner nuestra vida y energía, nuestra inteligencia, afectos y voluntad en buscar, y especialmente en generar, caminos de dignidad. ¡No está aquí...ha resucitado! Es el anuncio que sostiene nuestra esperanza y la transforma en gestos concretos de caridad. ¡Cuánto necesitamos dejar que nuestra fragilidad sea ungida por esta experiencia, cuánto necesitamos que nuestra fe sea renovada, cuánto necesitamos que nuestros miopes horizontes se vean cuestionados y renovados por este anuncio! Él resucitó y con él resucita nuestra esperanza y creatividad para enfrentar los problemas presentes, porque sabemos que no vamos solos.» (Homilía de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2018).

Meditación

¡Alegraos! Hoy es un día para el gozo profundo y verdadero. Cronológicamente ayer fue domingo de resurrección, pero como dice san Pablo «Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe» (1Cor 15,14), por lo tanto, la Iglesia celebra ocho días enteros como si fueran domingo. ¡Hoy es el día en que actuó el Señor! Cristo resucitado hoy nos quiere decir, como a las mujeres que fueron al sepulcro, ¡no tengan miedo! Si en esta

Semana Santa tuvimos una experiencia más cercana con el Señor y algo concreto nos está pidiendo para nuestra vida, ¿qué esperamos? Si durante estos días hemos acompañado a Jesús en oración, en la cruz y en su dolor, ahora es el momento para anunciar las maravillas de lo que hemos contemplado y gritar lo que ha hecho y está haciendo en nuestra vida. Miremos nuestra historia y aprendamos a leerla en clave de cruz y resurrección; las dificultades y alegrías que el Señor nos ha dado son los medios para unirnos a su pasión y a su victoria.

La pascua es el momento para mirar a Jesús que venció con poder al pecado, a la muerte y al tentador. Ya no existe pecado que no pueda ser perdonado, la muerte dejó de ser algo trágico porque Él nos ha dado la esperanza y no existe tentación que no pueda ser derrotada por más fuerte que parezca.

¡Alegraos! Ha llegado el momento de una resurrección a la alegría en nuestra vida personal, y lo mejor es que podemos mantenernos en ella siempre que no perdamos de vista a Cristo resucitado, que viene a nuestra alma en la eucaristía y se queda con nosotros haciéndose nuestro compañero de viaje hacia el cielo.

Oración final

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. *(Sal 15)*

Oración introductoria

Señor, ayúdame a verte junto a mí.

Petición

Dios mío, la vida cristiana es una búsqueda constante de ti y de tu amor. No permitas que las actividades diarias ni las atracciones del mundo me distraigan de mi fin último, de tu gloria y de tu servicio.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 2,36-41)

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos: «Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?». Pedro les contestó: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro». Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo: «Salvaos de esta generación perversa». Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo (Sal 32,4-5.18-19.20.22)

La misericordia del Señor llena la tierra.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 20,11-18)

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice. «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal n° 14

***«En el lugar donde había sido crucificado había un huerto,
y en el huerto un sepulcro nuevo...
Allí, pusieron a Jesús» (Jn 19, 41-42).***

En qué estación se despierta el Salvador? El Cantar de los Cantares dice: «Mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y aparecen las flores en la tierra...» (2,11-12) ¿No está actualmente la tierra llena de flores... » Puesto que el mes de abril ya ha llegado, estamos en primavera. Ahora bien, es en esta estación, en este primer mes del calendario hebreo que se celebra la Pascua, en otro tiempo en símbolo, ahora en la realidad... Un jardín fue el lugar de la sepultura del Señor... ¿Y qué nos dirá el que fue enterrado en un jardín? «He tomado mi mirra con mi bálsamo, mirra y áloe, con los mejores bálsamos» (Ct 5,1; 4,14), porque todo esto simboliza la sepultura. Los evangelios dicen también: «Las mujeres fueron al sepulcro

llevando los aromas que habían preparado» (Lc 24,1)... Porque el Esposo y médico de las almas, antes de entrar en la cámara alta atravesando las puertas cerradas, había sido buscado por las mujeres de corazón fuerte. Las santas mujeres fueron al sepulcro y buscaban allí al que había resucitado... María fue, según el evangelio, se puso a buscarle y no lo encontró, después escuchó el mensaje de los ángeles y, al fin, vio a Cristo. ¿Habían sido descritas también estas circunstancias? Sí, porque María dice en el Cántico: «En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma» (3,1)... «María, dice el evangelio, fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro» (Jn 20,1) «Por la noche lo he buscado; lo he buscado y no lo he encontrado» Y en el evangelio María dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Pero entonces aparecieron los ángeles: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24,5)... Pero María no le reconoció, y es en su nombre que el Cantar de los Cantares dice: «¿Habéis visto al amor de mi alma? Apenas había pasado los guardianes, (se trata de los dos ángeles) cuando encontré al amor de mi alma. Le aprehendí y no le soltaré» (3,3-4).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Sean samaritanos, nunca abandonen al hombre tirado en el camino. Sean ustedes los jóvenes cirineos que ayudan a Cristo a llevar su cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos. Sean como Zaqueo, que transformó su enanismo espiritual en grandeza y dejó que Jesús transformara su corazón materialista en un corazón solidario. Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra las respuestas que necesita. Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago. Tengan el cariño de Juan, para reposar en Jesús todos sus afectos. Tengan la disponibilidad de nuestra Madre, la primera discípula, para cantar con gozo y hacer su voluntad.» (*Discurso de S.S. Francisco, 17 de enero de 2018*).

Meditación

Muchos de nosotros estamos pasando por problemas, y hoy Dios nos pregunta, ¿por qué lloras? Es una pregunta que nos interpela a todos, no solo a María Magdalena. Es una pregunta cuya respuesta, en el fondo, es la misma, el no tener lo que amo.

Puedo decir por experiencia propia que la tristeza nos toca en algún momento, que el dolor, en algunas ocasiones, puede más que las propias fuerzas, pero la pregunta de Jesús no es un regaño, no es un deja de llorar, es un aquí estoy.

Jesucristo aparece resucitado en la tumba para decirle a María Magdalena, aquí estoy, Jesucristo se aparece en mi día a día para hablarme porque me ve llorando, y el aquí estoy de Jesucristo es lo que me consuela, es lo que me hace salir corriendo con alegría, me hace vivir con la felicidad de saber que Él está siempre junto a mí.

En nuestra vida tendremos varias ocasiones para llorar y lloraremos, pero tendremos la certeza de que Jesús está con nosotros, que nos dirá: “Aquí estoy”, para así salir corriendo a anunciar, con alegría, que está vivo y que está con nosotros.

Oración final

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. (Sal 32)

Oración introductoria

Señor, concédeme la gracia de poder palpar con los ojos de la fe, la grandeza y profundidad que se esconde en la Eucaristía. Que, al contemplarte ahí, ocultamente, experimente la fuerza de tu amor, la alegría de tu esperanza y la plenitud de la fe.

Petición

Señor, abre mi entendimiento y mi corazón para acercarme a la Sagrada Escritura con un corazón abierto.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.3,1-10)

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a costas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo: «Míranos». Clavó los ojos en ellos, esperando que le dieran algo. Pero Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda». Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo (Sal 104,1-2.3-4.6-7.8-9)

Que se alegren los que buscan al Señor.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 24,13-35)

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?». Él les dijo: «¿Qué». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria». Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha

resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Carta apostólica «Mane nobiscum Domine» §19

"Quédate con nosotros"

Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara "con" ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor. Mediante el sacramento de la Eucaristía encontró el modo de quedarse "en" ellos. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. "Permaneced en mí, y yo en vosotros" (*Jn 15,4*). Esta relación de íntima y recíproca "permanencia" nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el «hambre» de su Palabra (*Am 8,11*), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para "saciarlos" de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

Pero la especial intimidad que se da en la "comunión" eucarística no puede comprenderse adecuadamente ni experimentarse plenamente fuera de la comunión eclesial... La Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina "con Cristo" en la medida en que se está en relación «con su cuerpo». Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo. Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística. En efecto, es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo. El apóstol Pablo lo afirma: "Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (*1 Co 10,17*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cuando nosotros nos acercamos al sacramento de la penitencia es para ser renovados, para rejuvenecer. Y esto lo hace Jesucristo. Es Jesús resucitado quien hoy está en medio de nosotros: estará aquí sobre el altar; está en la Palabra... Y sobre el altar estará así: ¡resucitado! Es Cristo que quiere defendernos, el abogado, cuando nosotros hemos pecado, para rejuvenecernos.

Hermanos y hermanas, pidamos la gracia de creer que Cristo está vivo, ¡ha resucitado! Esta es nuestra fe, y si nosotros creemos esto, las demás cosas son secundarias. Esta es nuestra vida, esta es nuestra verdadera juventud. La victoria de Cristo sobre la muerte, la victoria de Cristo sobre el pecado. Cristo está vivo. “Sí, sí, ahora recibiré la comunión...”.

Pero cuando tú recibes la Comunión, ¿estás seguro de que Cristo está vivo ahí, ha resucitado? “Sí, es un poco de pan bendecido...”. No, ¡es Jesús! Cristo está vivo, ha resucitado en medio de nosotros y si nosotros no creemos esto, no seremos nunca buenos cristianos, no podremos serlo.»
(Homilía de S.S. Francisco, 15 de abril de 2018).

Meditación

Hasta el día de hoy, todas las generaciones que a lo largo de la historia nos han precedido dentro de la Iglesia, somos reunidos ante un misterio profundo e inagotable en el que se encuentra resumida nuestra historia de salvación y redención, nuestra fe. Historia de amor que nos ha liberado de la esclavitud y oscuridad del pecado. Este misterio es la Eucaristía.

En el Evangelio contemplamos cómo los dos discípulos caminaban tristes. En ese camino en el que se les acercó el Señor de modo desconocido, su corazón comenzó a vibrar al escucharle, pero le reconocieron sólo en el momento en que el Señor ofreció el pan. Fue ahí donde comprendieron que su muerte en la cruz no había sido una pérdida,

sino una victoria. Su ánimo triste, con el que caminaban, se convirtió en alegría. Sus ojos se les abrieron, su fe fue transformada y su amor confirmado. ¿Qué significado y valor tiene para mí la Eucaristía? Hoy, en la alegría de la pascua, descubramos la verdad, la fuerza, la felicidad, escondidas en la Eucaristía. Contemplemos, en ese misterio desbordante de amor, a nuestro Señor que nos habla, que nos acompaña y que nos guía en cada momento y circunstancia de nuestra vida. Gocemos de su presencia y compañía. Encontremos a Jesús nuestro Señor y Salvador oculto en ese trozo de pan, en el que se encuentra toda la razón y sentido de nuestro ser, existir y vivir: su amor hasta el extremo.

Te adoro devotamente verdad oculta, que bajo estas formas verdaderamente te escondes; a ti todo el corazón se somete, porque al contemplarte todo él desfallece. Jesús a quien velado ahora contemplo, ¿cuándo se cumplirá aquello que tanto deseo? Que, viéndote con el rostro desvelado, sea bienaventurado al contemplar tu gloria

Oración final

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. (Sal 104)

JUEVES, 25 DE ABRIL DE 2019

La Resurrección en mi vida.

Oración introductoria

Que en estos inicios de la pascua pueda yo, Señor, continuar amándote con mi pequeña entrega de amor. Especialmente ahora, que me dispongo para hablar contigo, concédeme la gracia de no desear nada más que encontrarte a Ti... ¡Concédeme la gracia de participar del gozo de tu resurrección!

Petición

Señor, no permitas que me desconcierten las tentaciones que me presenta el mundo, que no dude nunca en mi interior. Toca mi corazón y convénceme de ti. Hazme un creyente y apóstol de tu amor

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.3,11-26)

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos. Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente: «Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo. Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros. Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo”. Y, desde Samuel en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios resucitó a su Siervo y

os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo (Sal 8,2a.5.6-7.8-9)

¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 24,35-48)

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Releemos el evangelio

San Pedro Crisólogo (c. 406-450)

obispo de Ravenna, doctor de la Iglesia

Sermón 81

***«Él mismo estaba allí, en medio de ellos,
y les dijo: ‘La paz sea con ustedes’»***

La Judea en rebelión había ahuyentado la paz de la tierra...y sumido el universo en su caos primordial...Entre los discípulos, también persistía la guerra; la fe y la duda tenían una furiosa confrontación entre ellas...Los corazones, lugar en el que la tormenta desplegaba su rabia, no podían encontrar ningún remanso de paz, ningún puerto en calma.

Frente a ese espectáculo, Cristo, quién sondea los corazones, quién ordena a los vientos, quién domina las tempestades y quién por medio de un solo signo cambia la tormenta en un cielo sereno, los fortaleció de su paz diciendo: “¡La paz sea con ustedes! Soy yo; no teman nada. Soy yo, el crucificado, el muerto, el sepultado. Soy yo, su Dios que por ustedes se volvió hombre. Soy yo, vivo entre los muertos, venido del cielo al corazón de los infiernos. Soy yo. No un espíritu revestido de un cuerpo, sino la verdad misma hecha hombre. Soy yo y la muerte me huyó, los infiernos me temieron.

En su espanto, el infierno me proclamó Dios. No tengas miedo Pedro, tú que me negaste, ni tú Juan que huiste, ni todos ustedes que me abandonaron, que sólo pensaron en traicionarme, y que aun viéndome todavía no creen en mí. No teman, soy yo. Los he llamado por la gracia, los he escogido por el perdón, los he sostenido por mi compasión, los he llevado en mi amor, y los tomo en este día por mi bondad."

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Evangelio dice también una cosa interesante: era tanta la alegría que tenían dentro que esta alegría no podían creerla: ¡No puede ser! ¡No puede ser así! ¡Tanta alegría no es posible! Y Jesús, para convencerles, les dice: “¿Tenéis aquí algo de comer?”. Ellos le ofrecen un pez asado; Jesús lo toma y lo come frente a ellos, para convencerles. La insistencia de Jesús en la realidad de su Resurrección ilumina la perspectiva cristiana sobre el cuerpo: el cuerpo no es un obstáculo o una prisión del alma. El cuerpo está creado por Dios y el hombre no está completo sino es una unión de cuerpo y alma. Jesús, que venció a la muerte y resucitó en cuerpo y alma, nos hace entender que debemos tener una idea positiva de nuestro cuerpo.

Este puede convertirse en una ocasión o en un instrumento de pecado, pero el pecado no está provocado por el cuerpo, sino por nuestra debilidad moral. El cuerpo es un regalo maravilloso de Dios, destinado, en unión con el alma, a expresar plenamente la imagen y semejanza de Él. Por lo tanto, estamos llamados a tener un gran respeto y cuidado de nuestro cuerpo y el de los demás. Cada ofensa o herida o violencia al cuerpo de nuestro prójimo, es un ultraje a Dios creador.» *(Homilía de S.S. Francisco, 15 de abril de 2018).*

Meditación

*¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?
Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona.*

La certeza de la resurrección de Cristo es el llamado directo de Dios a la vida de fe, de esperanza y de amor, un gozo que derriba absolutamente todas nuestras preocupaciones y angustias, una bofetada al pecado y una mano salvadora que te saca del pozo para llevarte a tierra firme, a una vida nueva llena de luz y de Verdad.

El número 655 del catecismo explica el fundamento de nuestro gozo: *La Resurrección de Cristo -y el propio Cristo resucitado- es principio y fuente de nuestra resurrección futura: "Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron [...] del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (1 Co15, 20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En Él los cristianos "saborean [...] los prodigios del mundo futuro" (Hb 6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina (cf. Col 3, 1-3) para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co 5, 15).*

¡Salgamos de nosotros mismos y exclamemos a los sordos:
«Hermanos, Cristo ha resucitado!»

Oración final

¡Señor, dueño nuestro,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? (Sal 8)

VIERNES, 26 DE ABRIL DE 2019

Alimentarnos de Cristo

Oración introductoria

Señor, revíteme del hombre nuevo, creado conforme a Dios en justicia y santidad verdaderas.

Petición

Señor, que sepa contemplar y agradecer la abundancia de tu amor

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 4,1-12)

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres. Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, junto con el sumo sacerdote Más, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes, Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos: «¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?». Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo (Sal 117,1-2.4.22-24.25-27ª)

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.21,1-14)

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se

presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque río distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Homilías sobre el Evangelio, nº 24

«Pedro arrastró hasta la orilla la red»

Después de haber cogido tan gran cantidad de peces «Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red.» Supongo que habéis captado por qué fue Pedro quien arrastró la red hasta la orilla. En efecto, es a él a quien se le confió la santa Iglesia, es a él a quien se dijo personalmente: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Apacienta mis ovejas». Así, lo que fue anunciado en palabras una segunda vez, ahora es significado por una acción.

Es el predicador de la Iglesia el que nos separa del oleaje de este mundo; es pues necesario que sea Pedro quien guía hasta tierra la red llena de peces. Él en persona ha arrastrado a los peces hasta la tierra firme de la

orilla puesto que, por su santa predicación, ha hecho conocer a los fieles la inmutabilidad de la patria eterna. Lo ha hecho tanto a través de sus palabras como de sus cartas; y lo sigue haciendo cada día a través de sus milagros. Tantas cuantas veces nos lleva al amor del descanso eterno, tantas cuantas veces nos hace dejar el tumulto de las cosas del este mundo ¿no somos, acaso, como peces cogidos por las redes de la fe que él arrastra hasta la orilla?

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, en definitiva, prepara para nosotros y nos pide que también nosotros preparemos. ¿Qué prepara Jesús para nosotros? Prepara un lugar y un alimento. Un lugar mucho más digno que la “habitación grande acondicionada” del Evangelio. Es nuestra casa aquí abajo, amplia y espaciosa, la Iglesia, donde hay y debe haber un lugar para todos. Pero nos ha reservado también un lugar arriba, en el paraíso, para estar con él y entre nosotros para siempre. Además del lugar nos prepara un alimento, un pan que es él mismo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Estos dos dones, el lugar y el alimento, son lo que nos sirve para vivir. Son la comida y el alojamiento definitivos. Ambos se nos dan en la Eucaristía. Alimento y lugar.

Jesús nos prepara un puesto aquí abajo, porque la Eucaristía es el corazón palpitante de la Iglesia, la genera y regenera, la reúne y le da fuerza. Pero la Eucaristía nos prepara también un puesto arriba, en la eternidad, porque es el Pan del cielo. Viene de allí, es la única materia en esta tierra que sabe realmente a eternidad.» (*Homilía de S.S. Francisco, 3 de junio de 2018*).

Meditación

¡El Señor ha resucitado! Lo sabemos porque Él mismo ha querido nuevamente revelarse ante nosotros, sus discípulos. No caigamos en la tentación de decir estas palabras de forma irreflexiva y automática. Antes bien, que sean espejo transparente del gozo con que exulta nuestro corazón.

Quizás aún albergamos algo de duda. El mundo no parece haber cambiado mucho de cómo era antes del Viernes Santo. Por eso es que los apóstoles retornaban a sus faenas habituales. La aventura de ser pescadores de hombres parecía haber llegado a su fin. Volvían a ser pescadores comunes. Sin embargo, ¡vaya que todo es nuevo para el corazón de quien cree y ha visto al Señor!

Jesús los encuentra en su cotidianidad. No da grandes discursos triunfantes, sino que pregunta inocentemente si tienen algo de comer. Quiere que ellos se den cuenta que el verdadero alimento es Aquel que los espera a la orilla. Juan lo reconoce después de que muchos peces son atrapados en esa red que es la Iglesia, y que no se rompe por abundante que sea la carga que retiene. Y yo, ¿reconozco también a Cristo en la multitud de mis hermanos? ¿O es que quizás veo tan sólo rostros que pasan velozmente ante mí?

Pedro, siempre impulsivo, se viste y salta. Estaba desnudo, es decir, creía no tener ya dignidad. Ver a su maestro le devuelve la esperanza. Es Jesús quien nos reviste con la vestimenta del hombre nuevo, radiante y de una pieza, sin costura. ¿Con qué arrojo me dirijo hoy a Jesús? ¿Con qué salto me pongo en su presencia para que me atavíe con la túnica de santidad? Vayamos nadando presurosos a encontrarlo, y dejémonos sorprender por su amor casero, cercano, que nos aguarda para darnos de comer el Pan de Vida

Oración final

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. *(Sal 117)*

SÁBADO, 27 DE ABRIL DE 2019

La incredulidad es una trampa

Oración introductoria

Señor Jesús, ayúdame a escuchar con claridad tus palabras que para mí son vida y gracia

Petición

Señor, que todo suceso, circunstancia y acontecimiento lo aproveche como una ocasión para alabarte y servirte

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.4,13-21)

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre».

Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo: «¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». Pero ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo (Sal 117,1.14-15.16-18.19-21)

Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc.16, 9-15)

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo. También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron. Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Releemos el evangelio

Papa Francisco

Exhortación apostólica “La alegría del evangelio / Evangelii Gaudium” §19-23

*“Id al mundo entero y proclamad
el evangelio a toda la creación”*

La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: “Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado” (*Mt 28,19-20*). En estos versículos se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes, de manera que la fe en Él se difunda en cada rincón de la tierra.

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (*cf. Gn 12,1-3*). Moisés escuchó el llamado de Dios: “Ve, yo te envío” (*Ex 3,10*), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (*cf. Ex 3,17*). A Jeremías le dijo: “Adondequiera que yo te envíe irás” (*Jr 1,7*)... y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.

La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (*cf. Lc 10,17*). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo... Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá.

El Señor dice: “Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido” (*Mc 1,38*)... Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie.

Palabras del Santo Padre Francisco

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Este reproche de Jesús a sus discípulos nos permite comprender cómo el obstáculo para la fe no es con frecuencia la incredulidad sino el miedo. Así, el esfuerzo de discernimiento, una vez identificados los miedos, nos debe ayudar a superarlos abriéndonos a la vida y afrontando con serenidad los desafíos que nos presenta.

Para los cristianos, en concreto, el miedo nunca debe tener la última palabra, sino que nos da la ocasión para realizar un acto de fe en Dios... y también en la vida. Esto significa creer en la bondad fundamental de la existencia que Dios nos ha dado, confiar en que él nos lleva a un buen final a través también de las circunstancias y vicisitudes que a menudo son misteriosas para nosotros.

Si por el contrario alimentamos el temor, tenderemos a encerrarnos en nosotros mismos, a levantar una barricada para defendernos de todo y de todos, quedando paralizados. ¡Debemos reaccionar! ¡Nunca cerrarnos!»
(Homilía de S.S. Francisco, 25 de marzo de 2018).

Meditación

El epílogo del Evangelio de Marcos subraya la experiencia de la duda que paraliza a los seguidores de Jesús al día siguiente de su resurrección, manteniéndolos en luto y en lágrimas. Los discípulos, señala el evangelista, no querían creer que su Maestro, crucificado, muerto y sepultado, estaba vivo y había sido visto por María Magdalena.

Su «incredulidad y dureza de corazón» se hacen eco del reproche de Jesús.

Sin embargo, no nos sorprendamos: después de dos mil años, la reacción a este anuncio es la misma. La incredulidad sigue siendo una trampa, un desafío y una lucha para el cristiano. Y así debe ser, porque la

turbulenta combinación de fe y duda es la prueba de que para nosotros la resurrección de Jesús no es un hecho teórico, adquirido de una vez por todas en lo abstracto, sino una experiencia viva que nos sorprende y nos consterna continuamente. En este terreno escarpado, el Resucitado, de hecho, se entrelaza con nuestra libertad, ciertamente sin ahorrarnos el reproche. Y lo hace proponiéndonos una misión: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio». Como diciendo: tu fe se fortalece y madura dándola.

«Se necesita el alma de un niño» - sostiene el filósofo francés Jean Guittou - «para que la incredulidad no inunde el corazón y la fe se exprese en la franqueza de la proclamación. Necesitamos apertura, intuición, inteligencia, virtud, confianza, amor y mucha voluntad, trabajo y perseverancia».

En este tiempo representado por los cincuenta días después de la Pascua que nos separan de Pentecostés, vive en lo más profundo de tu corazón la experiencia espiritual de los Once, su llanto, su incredulidad, su miedo, y al mismo tiempo percibe el reproche de Jesús como un estímulo contra la autocompasión y el miedo taimado a la muerte, siempre latente en el crepúsculo de tu corazón. Que esta sea tu oración:

Señor Jesús, que el asombro sostenga mi mirada intrépida hacia tu tumba vacía. Que crea y viva mi fe con el alma de un niño. Que me exponga con confianza a la acción vivificante del Espíritu que hace fructificar mis días, permitiéndome anunciar el Evangelio, celebrar el misterio y dar testimonio de la caridad.

Oración final

El Señor tenga piedad nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación. (Sal 66)